



*Con motivo de la publicación de un número especial de la revista **CONARTE**, del grupo cultural **ARTIMÉS**, que recogía relatos de temática astronómica, cosmológica y astronáutica, hemos llegado a un acuerdo con sus autores, muchos de ellos miembros a su vez de la **AAS**, para poder reproducirlos aquí, así como las ilustraciones que los acompañan. Invitamos a nuestros lectores y lectoras que sigan la revista **CONARTE**, ya que en cada número ofrece literatura con una temática distinta y muy interesante. En esta séptima entrega recogemos el relato de **Raúl Peiró**.*

¡Esperamos que os guste!



ESTACIÓN GANÍMEDES

RAÚL PEIRÓ



Hoy era el gran día. Estaba cumpliendo el sueño de todo niño, pues, sin poderlo imaginar, íbamos a ser las primeras personas en poder observar de cerca un agujero negro, en nuestra misión de llegar a Ganímedes.

Asomado al balcón de aquel hotel, se podía ver a decenas y decenas de periodistas ansiosos por vernos salir por la puerta. Los medios de comunicación de todo el planeta tenían sus ojos puestos en ese concreto centro de despegue: el Área 8 del desierto de Texas.

A continuación, desperté a mi compañera; ella también había pasado la noche en vela, intentando asimilar y estudiar todas las nuevas cosas que podíamos llegar a ver. Aunque, por mi parte, seguramente había conseguido descansar algo mejor. Muy temprano recogimos nuestras pertenencias y nos dimos nuestra última ducha terrestre. No sé ella, pero yo, durante nuestro periodo estelar, echaría de menos ver las gotas caer con gravedad.

En la salida del hotel había periodistas ansiosos de conocimiento: todos querían tener esas declaraciones de misterio y novedad para poder atrapar al lector, pero yo, sin pretenderlo, pasaba de ellos, no me interesaba lo mundano... no por nada, sino porque no podía alejar mis ojos de mi próxima casa: El Universo.

En la estación espacial se palpaba un ambiente tenso, de gran expectación. Sí, todo el mundo estaba tenso, ansioso de que empezara el despegue.

En medio de aquella especie de locura, invadida por el ruido, la frenética sucesión de idas y venidas y también por los incesantes murmullos, vino a nuestro encuentro el tercer tripulante de la nave; se trataba de Marc García, ingeniero aeroespacial y profesor de la universidad de Valencia. Un tipo muy inteligente, alegre y original, aunque un poco cabezota.

El alboroto de la estación fue eclipsado por los altavoces: ¡¡¡pilotos a sus mandos!!!



Ilustración por:

NEREA CHOPO CUCHÍ

HUYGENS 151/ ABRIL-JUNIO 2023

La sala empezó a aplaudir enloquecida de emoción. Pero mi mente voló al pasado, cuando el tiempo trascurría más lento, a mi infancia; volví a ver a aquél niño con un traje de papel de plata y una pecera en la cabeza, caminando a mi lado, orgulloso de mí. Dirigí la mirada a Nerea (la teniente biólogo de la expedición) y le sonreí. Después fuimos a equiparnos con los EVA. Los puestos de mando ya estaban calibrados; Marc dio el okey, Nerea también. A continuación, comuniqué las maniobras al puesto de mando.

Una voz con timbre metálico comenzó la cuenta atrás: diez, nueve, ocho, siete, cinco... miré a Nerea y exclamé: ¡¡¡por la humanidad!!!... cuatro, tres, dos, uno... ¡¡¡ignición!!!...

La nave empezó a vibrar y a temblar. Sentía el cuerpo pegado contra el asiento; y podía notar como la fuerza G me retenía como una estatua contra la silla. Pude experimentar de qué forma rompía la barrera del sonido, y escuchar la altitud que decían por el pinganillo a duras penas.

Pasaron un puñado de minutos interminables, de repente, el pequeño habitáculo se envolvió en el silencio. ¡Lo hemos conseguido! Gritó Nerea. Por fin habíamos superado la barrera de la atmósfera terrestre.

A través de los cristales podía ver el Infinito oscuro y... bajo mis pies, imaginé que alcanzaría a divisar mi pequeño hogar. Pero no...sólo en mi deseo podía atisbarlo.

Habían transcurrido cinco meses desde que despegamos. Al principio me sentía algo mareado, pero poco a poco fue amainando esa sensación.

Nerea se encargaba de la recopilación de datos, de la parte biológica. Ella pasaba horas mirando e intentando hacer crecer alimentos en condiciones anaerobias. Marc, al contrario, ocupaba el día haciendo cálculos e inspeccionando la nave. Yo

me dedicaba redactar un diario de navegación, a la vez de tripular la nave.

El día y la noche ya no existían. Solamente había un horario que teníamos que seguir y unos ejercicios físicos que nos mandaron de modo obligatorio para mantener la forma: -"lo bueno de esto es que volveré a la Tierra midiendo dos centímetros más"- pensé, sonriendo para mis adentros.

Empezamos a divisar nuestro objetivo Ganimedes. Lentamente nos acercábamos al asteroide; estábamos ya próximos, pero algo imprevisto nos distorsionó el rumbo:

La nave comenzó a torcerse. A escorar llamativamente. Las alarmas empezaron a sonar más y más impacientes... con aquellas luces rojas intermitentes. Marc encendió el propulsor y cerró los brazos de la nave para una mayor rotación:

—¿Marc, qué está sucediendo?—le pregunté;

—Es probable que estemos siendo atraídos por la gravedad de Júpiter, no estoy seguro, pero esto es muy extraño. No estamos dentro del campo gravitatorio jupiteriano —masculló él en voz baja.

Un chillido agudo dejó mudas nuestras gargantas:

—¿Qué ocurre, Nerea? —pregunté preocupado. Ella, sin pronunciar palabra, indicó con la mano que nos acercáramos al gran ojo de buey, el gran ventanal redondo de la nave. Lo que pudimos ver a través de esa ventana fue algo que podría cambiar el rumbo de la humanidad; allí afuera, un Agujero Negro nos retaba a ser engullidos. Era algo majestuoso y a la vez peligroso. Podía verse cómo los rayos de luz de nuestra nave, flameaban, se retorcian e intentaban escapar. Pero nada escapa a un Agujero Negro en el espacio exterior.

—¿Marc, existe alguna posibilidad de que nos engulla? —pregunté, angustiado y maravillado a la vez—.

Déjame un momento. Ahora lo compruebo... hmmm... puede ser que no. Confía en mí.

Nerea, enfurecida, preguntó con un grito de súplica:

—Pero, chicos..., ¿estáis bien? Vamos de cabeza hacia el interior del monstruo. ¡Nos engulle sin remedio! Puede que nunca salgamos, que nunca regresemos... pero en sus palabras había un no sé qué siniestro. Nerea era capaz de cualquier cosa con tal de saciar su curiosidad extrema.

En ese momento Marc y yo, mirándonos a los ojos, comenzamos a reír tontamente. Reíamos con una risa nerviosa y ligera, pues creíamos que lo estaría diciendo de broma.

Cuando ya bordeábamos el perímetro de las olas gravitatorias del Agujero, aprovechando además el tirón, escuchamos una voz diciendo: "transbordo espacial de acople, efectuando desacoplamiento". No, ¡Dios mío! ¡no lo podíamos creer! ¿En serio Nerea estaría cometiendo tal estupidez? Pues sí. Se esfumaron tanto ella como su locura hacía las profundidades de aquella "cosa oscura", tremendamente poderosa. Y nuestra compañera fue fagocitada literalmente por el Agujero Negro y no volvimos a saber más de ella. Sencillamente se había desenganchado de la nave principal.

Nosotros seguimos con los planes de la misión establecidos; con nuestros experimentos en Ganímedes, encontrando plaquetas de cristal y hielo y muchos otros elementos de gran interés científico.

—Abuelo, ya nos has contado la misma historia un millón de veces.

—Lo sé —contesté divertido.

Pau, mi nieto mayor, se fue a dormir.

Habían transcurrido más de cincuenta años de esta historia y aún seguía preguntándome qué habría visto Nerea dentro de aquél enigma que se la tragó para siempre.

Entonces, en ese preciso momento, comenzó a llover intensamente. El móvil empezó a sonar con ritmo machacón:

—¿Hola?... llamamos de la Estación Espacial Área 8. Importante que se persone urgentemente. Hemos recibido un mensaje sin descifrar a su nombre. Es el siguiente:

01000

0101111 01101100 01100001 00101100 00100000
01100111 01101111 01100101 00100000 01101111 01100101
01100101 01100101 01100001 00100000 01101010
0110010101101001011000000110101010110110001100001
01101111 01101010 01100101 00100000 01100101
01100101 00100000 01101100 01100001 00100000
01101010 01101111 01101111 01100101 01100111 01101010
01101010 01100111 01100001 01100011 01101010 01101111
01101111 01100000 01100101 01100101 00100000
01100111 01100101 01101111 01100101 01100101 01100101
01100101 01100101 01100011 01101010 01100001 01100111
00100000 01100011 01101111 01100111 01100001 01100111
00100000 01100001 01101010 01100101 00100000
01100011 01101111 01101111 01101010 01100001 01100101
01101100 01100101 01100111

Pau, desvelado, se hallaba observando desde el quicio de la puerta con los ojos muy abiertos:

—Abuelo, dime... ¿te vas a ir muy lejos otra vez... allí arriba...a las estrellas? ¿Volveré a verte...? ■

Raúl Peiró